

lógicos, nuestros registros de nobleza concluyen con el año mil ochocientos doce. Los altos hechos de nuestros abuelos han sido borrados por la humillación de sus descendientes; pero el levantamiento de Alemania engendrará nuevas familias nobles y restituirá á las antiguas el lustre que han perdido».

Stein, vuelto á la gracia de Federico Guillermo, y Nesselróde, representante del emperador Alejandro firmaron en Breslau, el diez y nueve de Marzo, una convención, según cuyos términos Rusia y Prusia se esforzarían porque los príncipes y pueblos alemanes prestasen su cooperación á la obra de su independencia. Los países que se reconquistaran á Napoleón debían dividirse en cinco círculos, poniendo al frente de cada uno de ellos un gobernador militar y otra civil: el primero recibiría las órdenes de los generales aliados y el segundo se colocaba bajo la dependencia del *Central verwaltungsrath*, «Consejo de Administración Central». En el pensamiento de Stein, esta corporación se hallaba destinada á servir de instrumento para destruir las soberanías particularistas y realizar la unidad germánica. Los príncipes y pueblos que rehusaran su concurso á la empresa libertadora, eran condenados á perder su autonomía. La fermentación en Alemania era general. El doce de Marzo, los hamburgueses se habían sublevado, expulsado á las autoridades francesas y entregado la ciudad á los cosacos de Tettemborn, al tiempo que desembarcaban en ella los ingleses. El rey de Sajonia, recobrando de hecho la neutralidad, abandonaba sus Estados retirándose á Ratisbona, y el día veintiséis de aquel mes entraban los prusianos en Dresde. Rota la línea del Elba en sus dos extremidades, Eugenio tuvo que replegarse sobre el Saale. Hasta en Viena estaban las gentes enardecidas y se gritaba contra el emperador Francisco y contra Metternich, quienes, temerosos del movimiento popular alemán, veían con pena las demostraciones insensatas de Napoleón. ¡Austria se hallaba dispuesta á dejarle Italia y Holanda, y no le bastaba! Es más, pasaba aún el emperador Francisco por la conservación del reino de Westfalia y Alejandro no se mostraba demasiado exigente, á pesar de su triunfo, tanto que no quiso prometer al príncipe de Hesse la destrucción de este reino para reconstituir su electorado, abrigando, no obstante sus buenas disposiciones, el firme convencimiento de ser inútiles cuantos esfuerzos se intentaron para inclinar á Napoleón á soluciones razonables, y así se lo manifestó á Austria. Su tendencia era separar la causa de Francia de la de su Emperador, y en tal sentido, publicó en Kalich el general Kutuzof, en su nombre y en el del rey de Prusia una alocución, donde se leía este párrafo harto significativo: «Que Francia fuerte y grande por sí misma, se ocupe en lo sucesivo en el desenvolvimiento de su felicidad interior, ninguna potencia tratará de turbar su tranquilidad; no se dirigirá ninguna empresa contra sus *fronteras legítimas*».

Napoleón, empero, se obstinaba en no comprender ni la importancia que tenía el despertar de los pueblos, ni la resuelta actitud de los gobiernos. Engañado por lo sucedi-

do hasta entonces y persuadido de que, gracias á su actividad, podía disponer inmediatamente de más elementos para la acción militar que Rusia y Prusia juntas, figurábase que, en ganando una ó dos batallas, Europa volvería á entregársele; su error consistía en no ver que ahora se levantaban en contra suya no sólo los Estados, sino también las naciones. El ejemplo de España no le había abierto los ojos: tales eran su natural despótico, su ciego culto á la fuerza organizada y su desprecio á los pueblos y á los hombres. Forjábese, por otro lado, singulares ilusiones acerca de la futura conducta de Austria, creyendo que conseguiría mantener en la alianza á esta potencia y obligarla á combatir á sus enemigos, cuando lo único que debía esperar de ella eran sus buenos oficios, á fin de negociar una paz honrosa. La miraba armarse á toda prisa, y juzgaba que lo hacía en su obsequio. Schwarzenberg, enviado á París por el Emperador Francisco, no se había atrevido á declararle la verdad, esto es, que no contara en adelante con el cuerpo auxiliar austriaco. Antes de desplegarse éste á Galitzia, se había firmado una convención secreta entre Austria y Rusia. El gobierno de Viena trabajaba al propio tiempo con los príncipes alemanes, aliados de Napoleón, deseosa de traerlos á su plan de neutralidad armada.

A fines de Marzo, mandó Napoleón á la corte de Austria á Narbonne, con el encargo de pedir á su suegro que exigiese á Rusia y Prusia la estipulación de un armisticio y que en caso de negativa, acosase á los ejércitos de estas potencias por el flanco, mientras él los atacaba de frente. Napoleón ofrecía á Austria en recompensa Silesia, Iliria y parte de Polonia. El hábil ministro austriaco, Metternich, se aprovechó de esta coyuntura para hacer pasar á su gobierno de la posición de beligerante, que todavía conservaba en apariencia, á la de mediador. El representante de Francia se avino á que Austria cesase de ayudar á su patria con el cuerpo auxiliar de treinta mil hombres, para tomar el papel de mediadora y apoyarla después con todas sus fuerzas, si Prusia y Rusia no aceptaban el armisticio. Napoleón no decía cuáles hubieran de ser las condiciones de paz, si, admitido el armisticio, ésta se negociaba; pero Metternich dió á entender claramente á Narbonne, que Austria no sostendría á Francia sino á condición de ceder el rey de Sajonia el gran ducado de Varsovia y renunciar Napoleón á las ciudades anseáticas y al protectorado de la Confederación del Rin. Si, después de esto, continuó el Emperador de los franceses alimentando quiméricas esperanzas respecto á la actitud de Austria, fué porque quiso; nadie le engañó; se engañó á sí mismo, dice el Historiador Enrique Martín.

Por un nuevo Senado consulto, Napoleón había llamado á las filas ochenta mil hombres de las seis últimas quintas, obligando á los jóvenes de familias acomodadas que se redimieran á subido precio del servicio militar, á formar un grupo de caballería ligera selecta que bautizó con el pomposo nombre de guardias de honor; confió la regencia á su esposa María Luisa, bajo la dirección efectiva de Cambaceres; reclamó sus contingentes

á Baden, Wurtemberg, Babiera y Sajonia, y partió al teatro de la guerra el quince de Abril, llegando á Maguncia el diez y siete.

Una vez allí, desplegó su actividad acostumbrada para poner al ejército en condiciones de abrir la campaña sin demora, obrando, según su propia frase, no como Emperador, sino como general Bonaparte. Todo se ejecutaba á escape. Los reclutas aprendían á maniobrar marchando; la moral se había restablecido en las tropas: al aparecer á caballo al frente de sus regimientos, el vencedor en tantas batallas recobraba su antiguo prestigio; esto hace más grande su responsabilidad ante la Historia. Los franceses tenían detrás de los ejércitos enemigos sesenta mil hombres, la mitad en Dantzig, la otra mitad en las restantes plazas del Vistula y el Oder, sin contar el cuerpo del príncipe de Poniatowski, que se hallaba en Galitzia. Napoleón llevaba consigo ciento treinta y cinco mil soldados y trescientos cincuenta cañones, los cuales, sumados á las fuerzas del príncipe Eugenio, darían un total de doscientos mil hombres y cuatrocientas cincuenta piezas de artillería. El flanco del ejército francés estaba en la caballería y en los tiros para arrastrar los cañones. Desde Maguncia se dirigió Napoleón á Turingia, ocupando los pasos del Saale, y llamó á sí á Eugenio.

Los aliados, como habían debido dejar varios cuerpos observando las plazas fuertes ocupadas por sus enemigos y destacar otros para provocar insurrecciones en las provincias alemanas, no disponían por de pronto sino de cien mil hombres. Los numerosos voluntarios de Prusia no eran aptos aún para entrar en campaña, y el príncipe real de Suecia, á quien se aguardaba, parecía decidido á conquistar antes la Noruega. A pesar de esto, Alejandro y Federico Guillermo ardían en deseos de combatir, confiando en la superioridad de su caballería y alentados por la excesiva juventud de los reclutas franceses. Habiendo atravesado el Elba, por Dresde, se situaron á la izquierda de las montañas de Bohemia, á la derecha de Eugenio y enfrente de Napoleón. Esta posición era muy peligrosa, pero ofrecía la ventaja de permitirles impedir, efectuando un movimiento rápido, la unión de Eugenio y del Emperador. Tropezábase, sin embargo, con el inconveniente de haber sorprendido la muerte á Kutuzof en aquellos días, y de no haber nadie con autoridad militar bastante que reemplazara al experto general. Rusos y prusianos se adelantaron hacia Leipzig sin concentrarse. La vanguardia de Napoleón capitaneada por Ney, cruzó el Saale el veinte de Abril, encontrando en la llanura á la de sus contrarios. Los franceses resistieron á pie firme los asaltos de la caballería rusa, y entre Weissenfelds y Merseburgo se incorporó Eugenio á Napoleón, que se fué con tres columnas camino de Leipzig, para envolver á los aliados y estrecharlos junto á las montañas de Bohemia. El primero de Mayo rechazaron de nuevo los franceses á la caballería enemiga; pero en la refriega sucumbió el bravo general Bessieres. En aquellos mismos lugares había muerto gloriosamente el gran rey de Suecia, Gustavo Adolfo. Al otro día, se trabó una gran bata-

lla en los alrededores de Lützen. Las fuerzas de cada ejército se elevaban á noventa mil hombres. Al principio tuvo Ney que resistir él solo el choque de Wittgenstein, que le doblaba en número de combatientes, peleándose con furia atroz en las aldeas de Grces Gerschen y de Kaya; mas ya Napoleón había dado la vuelta y ordenaba á Macdonald que se lanzase sobre el flanco derecho de los enemigos, mientras Bertrand y Oudinot los embestían por el izquierdo. La guardia, recientemente reconstituida, se cubrió de laureles en el ataque cinco veces renovado de la posición de Kaya. «Esos niños son héroes, gritaba Ney; con ellos podré yo hacer todo cuanto queráis». Se aproximaba la noche, y los soberanos aliados acordaron la retirada: sus tropas habían demostrado valor tenaz y sombría resolución. Los franceses no pudieron perseguirlas por falta de caballos. El combate fué muy sangriento y las pérdidas casi iguales, no bajando de cuarenta mil los muertos y heridos entre ambas partes. Napoleón celebró en términos hiperbólicos su victoria sobre aquellos «ejércitos de tártaros», que devastaran «sus propios campos» y prendieran fuego á la «santa ciudad de Moscou».

La batalla de Lützen ó de Grcess Gerschen, como la llaman los alemanes, aunque muy honrosa para los coaligados, había restablecido la superioridad militar de los franceses. Napoleón, procediendo con su celeridad ordinaria, entró el ocho de Mayo en Dresde, que había recibido hacia poco al emperador Alejandro bajo arcos de triunfo. La suerte de las armas parecía tornarse otra vez favorable al terrible guerrero: faltaba saber ahora cuáles eran las pretensiones políticas de éste. Como todo dependía de Viena, Metternich, al conocer el resultado de la jornada de Lützen, se decidió á explicarse con claridad. Anunció, pues, que su gobierno iba á proponer un armisticio, indicando como condiciones de arreglo entre los beligerantes, las siguientes: reconstitución de Prusia mediante la devolución de territorios en Alemania y de la mayor parte del gran ducado de Varsovia que había poseído desde mil setecientos noventa y cuatro hasta mil ochocientos seis (Austria contaba con la promesa del rey de Sajonia de no oponer dificultades) renunciar Napoleón á las ciudades anseáticas y al protectorado de la Confederación del Rhin (la paz marítima se aplazaría en caso necesario si era imposible entenderse con Inglaterra); por último, restitución de las provincias ilirias á Austria. Se reservaban, por tanto, Italia y Holanda al Imperio francés, y se respetaba el reino de Westfalia, es decir, se concedía á Francia mucho más de lo que era natural, legítimo y útil á sus intereses.

En lugar de comprenderlo así Napoleón, contestó muy irritado, que no consentiría «en dejarse humillar.» La única condición dolorosa, á tratarse de otro, habría sido el abandono de los polacos; mas á él ¿qué le importaba Polonia? No le ofendía el desconocimiento del derecho ajeno; lo que sentía lastimado era su orgullo. Por esta causa no vió en la actitud de Austria sino un motivo más para activar la campaña. La corte de Viena, aspirando al buen éxito de sus proyectos de mediación, había conseguido que el rey de Sajo-

nia fijase su residencia en Praga; Napoleón intimó á su aliado que regresara á Dresde, bajo pena de ser destituido. El monarca sajón obedeció y se puso con sus tropas en manos de su irascible protector, el cual, además, envió á Eugenio á Italia, para organizar un nuevo cuerpo de ejército, y mandó ir á Alemania á Murat, de quien estaba quejoso porque dejara el ejército, siguiendo su ejemplo. Suponía que meditaba traicionarle.

Aunque los aliados no habían podido disputar el paso de Elba, nó retrocedieron mucho, situándose en el camino de Dresde á Breslau, en una formidable posición, donde en otro tiempo había luchado ventajosamente Federico II. Al sud se alzaban las escarpadas pendientes del Riesengebirge; al norte se extendían interminables pantanos; cortaban el camino el Sprée y el Blosaert, rápidos y profundos, y más allá de este último, elevábase la meseta de Hohenkirchen, erizada de aldeas fortificadas. A la izquierda, Wittgenstein y los rusos se apoyaban en la montaña; á la derecha, protegido por los pantanos, estaba Blücher con sus compatriotas; en el centro, defendían el camino la posición de Bautzen. Era aquel un verdadero campo cerrado, formado por la naturaleza y el arte. Rusos y prusianos habían recibido un refuerzo de treinta mil hombres; sin embargo, aun así, disponía Napoleón de fuerzas superiores y pudo dividir su ejército, yendo él en derechura en busca de sus contrarios, mientras el mariscal Ney y el general Lauriston avanzaban por la izquierda, dando un rodeo. En el momento de prepararse á partir de Dresde, se le presentó el negociador austriaco Bulna. El Emperador, pareció dulcificarse, empleando la astucia para engañar al emisario, y se manifestó pronto á aceptar el armisticio y á convenir en la celebración de un congreso. Su idea era aprovecharse del armisticio para completar sus armamentos, sin considerar que sus enemigos sacarían de la tregua tanto ó más partido que él, gracias al ardor patriótico que exaltaba á los alemanes. Le extraviaban la ninguna importancia que concedía al elemento popular y el no querer comprender la situación y resolución inquebrantable de Austria, ni los sentimientos actuales del czar Alejandro. Enojado sin motivo con su suegro, ocurriósele prescindir de Austria y entrar en negociaciones por su cuenta con Rusia y aun con Inglaterra, y envió á avistarse con Alejandro á su antiguo embajador duque de Vicenza: paso impolítico que debía inquietar y molestar al gobierno de Viena, cuya neutralidad tanto necesitaba.

Napoleón salió de Dresde el diez y ocho de Mayo, yendo á reconocer en persona las posiciones enemigas. El diez y nueve se verificaron los primeros encuentros á la izquierda de los franceses, por donde venía Ney. El veinte, la derecha de Napoleón mandada por Oudinot, forzó el paso de Sprée y se hizo dueña de la montaña llamada Tromberg, arrojando de ella á los rusos; el centro, á las órdenes de Macdonald, salvó á su vez aquel río, apoderándose de Bautzen y la izquierda, pasándola también, obligó á los prusianos á retroceder. Quitada á los aliados la línea del Sprée, faltaba arrebatárles la del Blosaert y la meseta de Hohenkirchen. Al día siguiente, como Ney se acercara, contentóse Napoleón

con cañonear á sus contrarios hasta tanto que dicho mariscal hubiese acabado de operar su movimiento envolvente. Ney cruzó el Sprée, por la extrema izquierda del ejército francés, y arrolló el cuerpo de ejército que mandaba el antiguo general en jefe Barclay de Tolly; pero viendo á su derecha las alturas ocupadas por la infantería prusiana de Blücher y ante él grandes masas de caballería, no sabiendo qué es lo que hacía el grueso del ejército francés, del que distaba dos ó tres leguas, vaciló en irse á fondo sobre la línea de retirada del enemigo, y aunque su jefe de Estado Mayor, Pomini, le excitó á cortarla, embistiendo de lleno la meseta que se prolonga desde Vurschen á Hohenkirchen, limitóse á acometer á los prusianos de flanco, sin intentar cerrarles la salida. Parece que se extraviaron en el camino órdenes que Napoleón le mandara. Al ruido de los cañonazos disparados por Ney, el Emperador ordenó á Bertrand y Marmont que atacasen de frente á Blücher, el cual, estrechado entre ellos y Ney, se vió obligado muy á disgusto suyo, á batirse en retirada, tras el centro de los aliados. Los cuerpos rusos de su izquierda, que habían logrado recobrar por un momento la montaña de Tromberg, debieron asimismo replegarse precipitadamente. Si Ney hubiera procedido con su audacia acostumbrada, la derrota de los aliados se habría convertido en completo desastre. Las bajas de rusos y prusianos se calcularon en diez y ocho mil muertos y heridos; las de los franceses, en doce mil. «¡Cómo, exclamaba Napoleón, ningún resultado después de tan atroz carnicería! ¡Ni un solo prisionero! ¡Esas gentes no me dejarán ni un clavo!» Acto continuo se puso en seguimiento del grueso del ejército vencido, tomando el camino de Breslau, mientras destacaba á Oudinot en dirección de Berlín. El Emperador de los franceses pudo hacer otra reflexión, no menos dolorosa que la procedente: el enemigo á pesar de sus reveses, no se desbandaba, como en las campañas anteriores. El veintidós de Mayo, se libró un combate en Reichembach: una bala mató á Duroc, hombre sensato muy adicto á su jefe, á quien, sin embargo, no adulaba, y cuyo compañero era desde Tolón. Poco antes de ser tocado por el proyectil, había dicho: «El Emperador obtiene nuevos triunfos; esta sería la ocasión de aprovechar las lecciones de la desgracia; pero es siempre el mismo. El fin de todo esto no podrá menos de ser muy triste».

Nada habían contestado los soberanos aliados al duque de Vicenza, creyendo que la suerte les sonreiría en Bautzen. Fallidas sus esperanzas, necesitaron pensar en ganar tiempo, pues aunque su desesperación alentaba á los prusianos, los rusos empezaban á cansarse: los coaligados no podían resistir el tercer choque. En vista de estas circunstancias, Alejandro y Federico Guillermo declararon estar dispuestos á suscribir el armisticio que Austria proponía, y al propio tiempo, despacharon á Viena, á Nesselrode, para decidir al emperador Francisco á que abrazase su causa. Nesselrode llevaba encargo de manifestar al gobierno austriaco que, si persistía en su actitud, Rusia pactaría directamente con Francia.